

Dr. Giuseppe Amara.

Ya no quedan dudas de que la relación psicoanalítica es una actividad creadora y revolucionaria de índole carismática. Tras la racionalidad del psicoanálisis, lo que atrae es su promesa carismática de producir una "metanoia", en el sentido que le daba Max Weber a la meta, al cambio, en el ser y en el saber, a la que apunta la promesa carismática.

Como la neutralidad y el carisma son antitéticos, los freudianos tratan de valorar carismáticamente al oficio más que a la persona. Gitelson, por ejemplo, refiere el encuentro analítico entre un analista joven y una analizada que lamenta el no provocar atracción a nadie. Al cabo de las primeras sesiones, el analista interviene y le asegura que no habrá de preocuparse: ya que a él si le ha causado "una buena impresión". La paciente reaccionó con un sueño en que el analista exhibe su pene flácido, y abandonó la terapia.

(1)

La desafortunada intervención del joven analista es considerada como una reacción contratransferencial que lo descalifica de entrada. En lugar de recurrir al carisma de su autoridad, debería haberse abstenido en plena neutralidad para favorecer a la transferencia cuyo proceso es el único que lleva a saber la verdad y a la liberación de ese



fatalismo de sentirse nada deseada.

El Dr. Ralph R. Greenson, durante la intensa transferencia de una paciente pudo darse cuenta que (son sus palabras) "...Me parecía que sus sentimientos por mí habían penetrado en su vida; parecía que yo dominaba el resto de su vida, incluso su vida sexual, y la alenté a hablarme de eso...".

Greenson supone que no fue sino hasta que la paciente se maravilló por la intensidad de sus sentimientos de amor, que ella "se puso a trabajar en serio".

Naturalmente, como ocurre con la mayoría de los casos que se citan, estos son cortados cuando más despiertan el interés. El analista se comporta como el amante que trata de encubrir sus amoríos clandestinos. No podremos saber jamás cómo logró el Dr. Greenson que la paciente profundamente enamorada se pusiera a trabajar en serio en la búsqueda de la solución del conflicto analítico, solución que, como declaraba con toda seriedad el apóstol Fenichel, no puede ser sino única.

En el diván una paciente se agitaba, se retorció, se apretaba las manos, sudaba, mientras le gritaba al Dr. Greenson: "Tengo la apremiante necesidad de mojarlo, de mojarlo todo, nada más para que usted vea que puedo hacerlo... Quiero el suyo, en realidad es mío, es mío, voy a tomarlo, a quitárselo... por favor démelo, por favor, por favor, se lo ruego..". Después de tolerar el consecuente llanto histérico de esta paciente, el Dr. Greenson pudo

revivir junto a la paciente "un componente hondamente enterrado de su envidia infantil del pene". (2)

La mujer, tradicionalmente sometida a la servidumbre más o menos abyecta, enjuiciada y quemada como bruja, transformada en medium, obligada a una vida de prostituta para que en la próxima reencarnación avance espiritualmente, cuando es de clase más o menos alta también es inducida por la inevitable sugestión de cinco sesiones semanales, a representar en el teatro de la regresión el sainete de la envidia peneana.

El Dr. Greenson en dos ocasiones se vio obligado a enfrentar una demanda de amor erótico apremiante, agudo y corrosivo. En ambos casos el Dr. Greenson pudo descubrir que cada ardiente enamorada trataba desesperadamente de acostarse con él, para ser identificada y reconocida como apetecible heterosexual y no caer en el "abismo del amor homosexual por su madre".

Si bien la explicación que da el Dr. Greenson de cada transferencia es original, no deja de ser sorprendente que no una sino dos mujeres homosexuales requieran desesperadamente acostarse con un hombre, aunque sea un psicoanalista.

Ante el furor del loco amor que hace perder la razón, la timidez, la inhibición a las pacientes, el Dr. Greenson recomienda que para que una mujer pueda arriesgarse a sentir, expresar y sostener una intensa transferencia erótica, deberá ser capaz de mantener las 3R, o sea:

relaciones objetales relativamente realistas. De modo que si el analista dice disparates o frases absurdas se le recomienda a las pacientes mantener la calma y, sobre todo, el realismo.

Para que la relación con el analista sea definida desde el principio, Lacan propone que el analista representa no un todo amor sino un todo saber: el SSS, el sujeto del supuesto saber. El analista se adelanta a la conciencia del deseo de la paciente porque en todo lo que ella nombra encuentra que el analista ya sabe porqué dice lo que va a decir o porqué no lo dice, pues el SSS domina todo el lenguaje del inconsciente que la paciente inevitablemente pronunciará para encontrarse a sí misma. Y, precisamente, para encontrarse deberá reconocerse a tal punto liberada de la unión, de la ilusión de esta unión con el analista, hasta descubrir que el analista no sabe nada de ella, ya que es ella la única que puede saber su propio saber. La analizada deberá abandonar la etapa en que supone de un modo casi delirante que el analista es omnisciente y, al ampliarse su conocimiento, se dará cuenta que quien sabe cada vez menos es el propio analista. Al final, cuando confirma que el analista no sabe nada, ella se libera y se acaba su psicoanálisis.

"De esta forma -dice con candidez un comentador de Lacan- como todos sabemos, la función del analista es quedar finalmente excluido de la vida y la mente del analizado".

(3)

Antes de considerar si una tal exclusión del analista es verificable, investigamos que ocurre cuando el analista no es asumido como el SSS (el sujeto del supuesto saber), sino que la paciente cree en él como el SAS (el sujeto del amor seguro).

Cuando el analista sospecha que la paciente cree que él para ella es el SAS (el sujeto del amor seguro), termina comúnmente por creer que en la transferencia amorosa él ocupa el lugar del padre.

Esta tesis, en México, como en cualquier tierra de padres ausentes, ha encontrado muchos obstáculos para ser creíble. Y a este respecto Lacan declaró que todo anhelo de unión transferencial nace necesariamente de la confusión imaginaria que no se dá sino con la madre, va siempre referida a la madre, y el analista, por lo tanto, deberá saber colocarse más allá del espejo y de lo imaginario, a orillas del nuevo orden simbólico, en el lugar del Otro, que es desde donde puede reconocer que todo deseo amoroso no va dirigido a él sino a la madre del primer espejo. Si Freud hubiera comprendido hasta esto, no habría cometido el error de considerarse el blanco del amor de Dora. Error que comete por creer que el amor transferencial que él copia del amor entre Breuer y Ana O es el paradigma de todo cura. El engaño por el amor de contratransferencia hace que Freud se crea el objeto del amor de una mujer, que por estar atrapada en lo imaginario, no puede ser sino homosexual. Dora nos enseña Lacan, en la realidad imaginaria, ama a la señora K y, por

ende a su madre. En realidad, si alguien hubiera conocido a la verdadera Dora después del infructuoso esbozo psicoanalítico de Freud, concluiría que adjudicarle una intención homosexual a la hipocondriaca e inanalizable Dora, sería incurrir en una apreciación delirante. (4)

En todo caso, Lacan es consciente de que la paciente, una vez liberada de lo imaginario, con la progresiva desilusión ante el saber del psicoanalista, se aventura a reconocer que, en el fondo, nunca se reencontrará con su deseo, que la vida es trágica porque jamás se alcanzará la plenitud deseada desde la irrecuperable etapa de fusión. Y, una vez que ha transferido el supuesto inconsciente en un lenguaje, se dará cuenta que su inconsciente está vacío, como la misma vida, ya que sólo un Dios podría darle un sentido y un significado. Conclusión que, en su espejo, refleja la patética suposición de Lacan de que "el inconsciente" fue un delirio de Freud, al que no se podría interpretar más que con el psicoanálisis lacaniano que, como el mismo Lacan reconoce, es, a su vez, un delirio científico. (5)

Veamos ahora cómo interpretaran Jung y Fromm a la transferencia.

Jung, como sabemos, declaró que lo peor que puede ocurrir en un psicoanálisis es que se produzca una transferencia. (6) Huelga decir que para Jung somos personas en cuanto máscaras que interpretamos roles y hasta intenciones divinas o diabólicas. Somos portadores de

energías arquetípicas o, metafísicamente, somos "sombras de dioses". De darse la transferencia, pues, no habrá que perder la razón y confundir que lo que no es más que un conflicto o una intimidad de sombras, corresponda en verdad al simulacro de seres que se creen personas, digamos, personificadas. No falta quien sospecha que Jung no tenía grandes reservas morales para acostarse con sus pacientes. ¿Quieren insinuar con sus sospechas de que Jung toleraba la relación sexual intra-psicoanalítica siempre y cuando estuviera libre de toda transferencia? No es una meta del todo inconcebible porque el sexo en el fondo, al contrario del sexo fatal, debería ser un sexo libre de toda transferencia: el otro, el amado, no debería ser ni el padre en sí, ni el padre como sí, ni el otro de Lacan, ni el otro de Sartre, ni el otro de Laing: simplemente no debería ser el otro.

Lo curioso es que, a pesar de las diferencias teóricas de la transferencia erótica, sea que la interpretemos bajo una óptica paranoide, o la escrutemos antepuesta al ineludible vacío, o la consideremos un estorbo para la libre personificación de las sombras divinas, lo cierto es que esta atracción erótica se da de todos modos con mucha frecuencia. Es el común denominador a pesar de las notables diferencias teóricas y de los casi incompatibles puntos de vista psicoanalíticos.

¿Qué puede haber de más diverso que una teología negativa, como la de Lacan, y una teología actuada, como la



de Jung? Sin embargo, el fantasma, y algunas veces algo más que el fantasma del sexo, está presente en ambos psicoanálisis.

Fromm, de entrada, dice que la sexualidad, no es la causa primaria de la atracción transferencial sino que es el resultado. Supone que cuando dos personas conviven íntimamente un cierto tiempo, es de lo más natural que se despierten deseos sexuales; pero, y aquí el pero es importante, siempre después, de que han intercambiado un saber trascendente acerca de sus pasiones, de las pasiones humanas que sólo bajo un lente muy reductivo podrían calificarse como meramente sexuales. Fromm, como sabemos, no privilegia con el carisma a la técnica sino al analista. Y, a la interpretación paranoide, él prefiere la interpretación utópica. El carisma puede ser inmerecido; puede ser, y muchas veces lo es, totalmente inventado, pero se lo transfiere inevitablemente la paciente al analista ya que, por su indefensión y desamparo, por su pasividad y vacío ante la existencia, ella se ve tentada a idolatrar a la autoridad que la protegerá y guiará con el poder de la verdad.

"Ningún analista -afirma Fromm- puede ser lo suficientemente estúpido o carente de atractivo como para no producir este efecto en una persona, por otro lado inteligente, que no se tomaría la molestia de fijarse en él si no fuese su analista". (7) Como ocurre con los jefes de Estado, el analista idolatrado puede estar "medio demente"

y, sin embargo, la paciente no dejará de adorarlo como a un Cristo erótico.

El camino del psicoanalista, según Fromm, más que una virtud o un logro personal, es el resultado de una sociedad que fomenta el desamparo y la desigualdad entre hombres y mujeres, entre fuertes y débiles, entre la autoridad irracional y los dominados. Es por este origen social del carisma psicoanalítico que a Fromm no le interesa investigar psicoanalíticamente a la transferencia, y de lo poco que escribe acerca de ella Fromm da a entender que la superación de la relación transferencial no depende tanto del psicoanálisis mismo cuanto del cambio de las estructuras sociales. Estaba convencido que en una sociedad realmente marxista desaparecería la desigualdad que impone la autoridad irracional; de modo que los vínculos entre las personas, finalmente igualitarios, serían transparentes: no habría ya nada que ocultar, se volverían obsoletos los salvadores y los líderes, y se abandonaría la esperanza mesiánica en el profeta (una sociedad donde todos seríamos no dioses -como dice Jung, pero sí como dioses, lo que es muy diferente).

Desde este punto de vista, hasta que la sociedad no se transforme, el psicoanálisis corre el riesgo paradójico de incrementar la pasión idolátrica por los supuestos salvadores analíticos. Lo que suele comprobarse por el hecho de que cuando la ilusión carismática declina y decae, la creciente decepción y el gran odio hacia el fallido salvador



no se extinguen toda la vida. Por lo que, a diferencia de lo que suponía Lacan, el analista, una vez que interviene en la vida de la paciente, difícilmente podría convertirse en un muerto o en nada, sino que sería perpetuado a través del amor o del odio tanto más encarnizado.

Mencionaremos de pasada a los analistas que consideran a la transferencia como un fenómeno siempre negativo. Ellos parecen reconocer que el carisma no está ni en la técnica ni en el analista sino en la misma paciente; o, tal vez, se trata del enfrentamiento de dos figuras carismáticas en el que se corre el riesgo de sucumbir al hechizante peligro, ya que al cautivar al analista la paciente pretende transformarlo en un hombre ordinario, o desacreditarlo mostrando que se puede corromper. Para analistas como Singer, "el amor de la paciente es una suerte de amor negro, que devasta la terapia por el intento de aniquilar al analista".(8)

A pesar de que pertenezcan a corrientes opuestas, muchos analistas coinciden en advertir que la paciente que se enamora suele ser ninfómana, canibalista, destructora o psicótica. Como decía Schatte, la transferencia es como el Maná o, diríamos, como la Gracia de San Agustín. Pero a este bien que unos consideran de prevalencia afectiva y curativa, y otros, como Lacan, estrictamente intelectual y dialéctico, lo subvierte de todos modos una tremenda Lilith, la demonia del Paraíso. Por otra parte, una mujer inteligente, Clara Thompson, opina que por lo común el analista propicia o por

lo menos tiene algo que ver con la erotización de la transferencia. Pero lo que ella critica es que el analista se sirva de la transferencia como una cómodo máscara profesional para gozar en la contemplación y presencia de la paciente. (9) "Si te miro y admiro, si enciendes mi día con tu visita, no olvides que yo no soy yo, que yo no soy lo que tú piensas; es otro quien te mira y anhela por mí; es otro a quien escrutaste con intriga y miedo, en tu infancia. Yo tengo que actuar este papel para inducirte a revivir la seducción primaria. Cuando la revivas, gracias al Maná de la transferencia, estarás curada".

El recurrir a la transferencia como explicación y velo de una atracción compartida, es asumida por Galdston como una farsa en la que el analista actúa la parte del castrado psíquico que hace funcionar a la máquina del tiempo sobre el diván. En este mismo sentido David Riesman compara a la farsa de la transferencia con una opereta, "en la cual los protagonistas actúan con alevosía nada inconsciente el supuesto rol de seres que, durante la sesión, no son personas reales sino encarnaciones transferenciales. En este clima de opereta, no puede resultar sino cobarde el embrollado trabajo del analista por confundir a su paciente de que ella en él ama a otro".(10)

La misma Clara Thompson es una de aquellos autores que sostienen que el amor en la terapia es real, y surge ante un profesional elitista, que trata a la paciente como nadie nunca antes lo había hecho, que tiene una gran tolerancia,

paciencia, un interés casi infinito, y que demuestra dedicarse al cultivo de la vida sana. ¿Quién no se enamoraría de un hombre así?

Hemos visto que en el extremo opuesto están los rigurosos freudianos, que aún en el caso de que hubiera una cierta atracción extra-transferencial, recomendarían que antes debería analizarse si acaso lo extra-transferencial no tendrá también algún componente de todos modos transferencial.

Si uno le pregunta a estos ortodoxos cuál realidad, entonces, no es transferencial, nos dan a entender que no vivimos en la realidad sino en la transferencia, y que un germen de realidad sólo comenzará a surgir con la cura de la transferencia. Sólo el psicoanálisis será capaz de hacernos avizorar el valle de la realidad. (10)

Veamos, por último, un ejemplo de transferencia en esta era de Pos Modernidad.

Hasta poco antes de ser encarcelado, Armando Verdiglione, el principal representante de Jaques Lacan en Italia, citaba en su consultorio a su paciente Annalisa Scalco, quien en breve tiempo le había entregado un equivalente a 600 millones de pesos mexicanos, y ante sus protestas de todo tipo, incluso económicas, el psicoanalista la arrojaba al suelo, la golpeaba con puños y puntapiés, tomando en cada caso distancia para correr y golpearla con más efecto. Le arrancaba cabellos, la martirizaba en posiciones dolorosas y asfixiantes. Y todo esto porque ella

se rebelaba a seguir asistiendo a tales consultas, y a pagarlos demasiado generosamente.

Hace veinte años el psicoanálisis en Italia existía sólo en pequeños círculos. Con el advenimiento de Lacan y su gran influencia, se desarrolló rápidamente. En pocos años Verdiglione sustrajo a sus pacientes el equivalente a miles de millones de pesos, utilizando la fórmula: quién es avaro es neurótico, y quién es neurótico no puede ser psicoanalista didacta.

En realidad, para haberle dado tanto dinero, sus analizados no eran nada avaros, sino que entregaban el dinero a raudales hechizados por un mito. El mito del carisma del "Mago de la Neurosis", que estaba detrás de Verdiglione, y que era Jaques Lacan.

No son escándalos de este tipo lo que pueden desacreditar al psicoanálisis. Tampoco lo han subvertido las pacientes devoradoras. Basta una breve reseña acerca de la transferencia, para ver que el psicoanálisis se desintegra a sí mismo en la babélica confusión que multiplica las teorías y sin que presente un caso clínico demostrativo y confiable de lo que en verdad ocurre en la transferencia.

Sin embargo, la actual crisis del psicoanálisis brinda la oportunidad de que el analista se pregunte quién es, qué es, y qué hace en la relación analítica.

BIBLIOGRAFIA

- 1 - Horacio Etchegoyen, Los Fundamentos de la Técnica Psico--



analítica. Edit. Amorrortu.

- 2.- Ralph R. Greenson, Técnica y Práctica del Psicoanálisis. Edit. Siglo XXI.
- 3.- Horacio Etchegoyen, Ibid.
- 4.- Jaques Lacan, Escritos. Edit. Siglo XXI.
- 5.- Francois Roustang. Lacan, del equívoco al callejón sin salida. Edit. Siglo XXI.
- 6.- Carl Gustav Jung, Psicología de La Transferencia, Edit. - Paidos.
- 7.- Erich Fromm, Grandeza y Limitaciones de Sigmund Freud. Edit. Siglo XXI.
- 8.- Erwin Singer, Conceptos Fundamentales de la Psicoterapia. Edit. F.C.E.
- 9.- Stanley W. Standal; Raymond J. Corsini, Incidentes críticos en la Psicoterapia. Edit. Herrero Hermanos.
- 10.- Stanley W. Standal, Ibid.
- 11.- Otto Fenichel, Teoría Psicoanalítica de las Neurosis. - - Edit. Paidos.

CONSIDERACIONES TECNICO-METODOLOGICAS DEL
PSICOANALISIS FREUDO-MARXISTA
(Escuela de Erich Fromm)

Dr. Ignacio Hernández Albertos.

Respecto del método y la técnica psicoanalítica original, las variaciones del enfoque Freud-Marxista y correspondiente al Psicoanálisis Humanista de la Escuela del Dr. Erich Fromm, son mínimas dentro del quehacer cotidiano en el consultorio, es decir, en la actividad de Psicoanalista durante el proceso de cura del analizando; con lo cual señalo que ambos métodos son similares, contemplando así el segundo los principios básicos y las aportaciones originales en este respecto, que fueron utilizados por el creador de esta reciente, valiosa y tan discutida ciencia: Asociaciones Libres; Análisis e Interpretación de los Sueños, Actos Fallidos, de los Síntomas, de la Transferencia, de la Resistencia y del Deseo Reprimido.

Todo lo anterior lleva al Psicoanalista a un conocimiento del inconsciente de su analizando, buscando con ello la afluencia del material reprimido, pero susceptible de Conciencia.

Las diferencias Técnico-Methodológicas en este sentido son por tanto mínimas, en donde el diálogo psicoanalítico suele darse cara a cara, a diferencia del freudiano original, en donde el paciente tiene una actividad

